

CAMINO DEL ROCÍO

Esa mañana se levantó muy contenta, no sabía porque, tenía un buen presentimiento, estaba radiante. Llegó el día tan esperado del año “**La Peregrinación de la Hermandad del pueblo de Hinojos hasta el Rocío**”. Con paso rápido Beatriz se dirigió a su salón, se quedó quieta admirando su traje de flamenca color azul marino con lunares blancos colgado de la lámpara, desvió la mirada y la dirigió hacia la mesa, tenía todo preparado, dos flores para el pelo, una pequeña peineta de nácar y las medallas, una de peregrina que su abuela le había regalado antes de morir, era de plata con la imagen de la Virgen del Rocío en una carreta y cogida a ambos lados por dos angelitos; y la otra de la hermandad; siempre que llegaba este día unas lágrimas caían por sus mejillas, pero hoy no, se dijo, sonrió, se miró al espejo, observó lo bien que le quedaban aquellas flores en su pelo negro, cogió su mantón de manila y se dirigió hacia la ermita donde se celebraba la misa de romeros. Una mezcla elegante y maravillosa se respiraba en el ambiente, pensó Beatriz al entrar. Se dirigió a la zona del coro, pues cantaba en él desde pequeña, tenía voz dulce y suave, la salve rociera siempre la cantaba ella sola con su guitarra. Cantaba la segunda estrofa de la salve cuando le vio, los ojos se le llenaron de lágrimas, la voz se le quebró un poco, pero en ningún momento perdió el tono, todos la miraban, pensando que era la emoción de que su marido no estaba este año, nadie se dio cuenta de que era por él, Miguel Ángel, le tenía frente a ella, no podía creerlo, allí estaba él, su gran amor de juventud. Aquel muchacho de ojos pequeños y chispeantes, aquel chaval que en las noches claras, cuando el cielo negro se divisaban tantas estrellas él iba explicándole las constelaciones, entre besos y abrazos, el que la había estremecer cada vez que la acariciaba, un amor apasionado.

Llevaba treinta y seis años haciendo el camino sin falta ninguno, desde que Miguel Ángel se fue del pueblo ella lo hacía todos los años para recordar aquel año donde pasaron momentos muy felices, se habían prometido estar siempre juntos. Miguel Ángel tenía diecisiete años y Beatriz quince. Por circunstancias de la vida, los padres de Miguel Ángel tuvieron que emigrar y se separaron.

Los dos primeros años las cartas llegaban por semanas, con el paso de los meses se fueron distanciando, hasta que Beatriz dejó de recibirlas. Ella siguió durante algunos meses más escribiéndole, pero no recibió respuesta alguna. Beatriz jamás lo olvidó, aunque se había casado, tenía dos hijos, y hacía un año que hacía un año que había enviudado.

Cuando sus ojos se cruzaron entre aquella multitud de peregrinos, de un extremo a otro de la ermita no pudo evitar sonrojarse, su corazón latía tan deprisa que se notaban sus latidos en el traje, estaba preciosa, pensó Miguel Ángel, por otro lado ella pensó que él no había cambiado mucho, aunque si pelo ya no era de aquel negro azabache, sino canoso, lo cual le daba un toque más tractivo, llevaba un traje corto que resaltaba aquel cuerpo esbelto y fino de antaño, un poquito de barriguita, debido a la edad pensó Beatriz, esbozó una sonrisa por su pensamiento y cambio la mirada hacia la guitarra, cuando volvió a mirar ya él no estaba. Por un momento pensó que había sido un espejismo y siguió cantando.

El camino este año estaba precioso, era el mes de mayo y estaba todo florecido, había tanta variedad de flores, que el verdor de las hierbas casi no se distinguía, la mirada se perdía ante tanta belleza, las que más le había gustado desde siempre eran los lirios, tal vez porque siempre crecían solos, uno muy alejado del otro, así es como ella se había sentido todo ese tiempo alejada de él, no había visto jamás dos lirios juntos, hasta que ese día los vio, uno era lila y el otro blanco, este último era muy raro de ver, se bajó del carro donde iba, se acercó, se arrodillo junto a ellos y lo acarició. De pronto sintió una mano sobre la suya, era él, traía un caballo alazano precioso, aquellos ojos no habían cambiado, ni su chispa, le brillaban tanto que Beatriz, a sus cincuenta y un años se estremeció, sin pensarlo un instante se volvió y salió corriendo sin rumbo fijo, las lágrimas no la dejaban ver, se cayó, miró hacia atrás, y vio que no la seguía, se dijo - mejor así, le perdoné pero no olvidé su abandono-.

Siguió caminando sin rumbo, esta tan absorta en sus pensamientos que cuando quiso darse cuenta no sabía dónde estaba, Beatriz buscaba el carro de donde se había bajado, no lo vio, se había alejado bastante de sus amigos.

El bosque era denso, el sol se escondió tras unas nubes negras que amenazaban lluvia, todo se tornó oscuro, comenzaron a caer unas finas gotas, hasta que se pronto comenzó a llover muy fuerte, sintió un miedo atroz recordando las historias que se contaban de aquel bosque, las piernas le temblaban, sintió un frio estremecedor al oír tras de sí un ruido, los dientes comenzaron a tintinear, un temblor recorría todo su ser, se rodeó con sus brazos como si quisiera protegerse del frio y del miedo, de pronto sintió una voz que le dijo: - tranquila mi amor, aquí estoy, no temas, no me rechaces, por favor, déjame quedarme a tu lado-. Beatriz giró la cabeza y le vio subido en su caballo, él se bajó, se acercó a ella y se abrazaron, se besaron sin decir palabra.

Él la invitó a subir a su caballo, ella aceptó, estaba tan desorientada que no sabía qué hacer, pero no quería quedarse sola, dudaba si era el miedo al bosque o el miedo a perderlo de nuevo. Comenzaron a hablar sin reproches de sus vidas, mientras la lluvia caía sobre ellos, él nunca se había casado, le contó que un día regresó al pueblo para darle una sorpresa y pedirle matrimonio, la vio besarse con otro hombre, en ese momento creyó morir, se le rompió el corazón, se culpó por no haber llegado antes, por no haber escrito en años, no tenía derecho a truncar su felicidad, la vio tan feliz junto a ese hombre que decidió marcharse y no volver jamás. Traía consigo aquellas cartas que ella le escribió sin recibir respuesta alguna, se las dio su madre antes de morir arrepentida de truncar aquel amor, él no las había recibido, por lo que cuando las leyó decidió ir a buscarla. Ella, agarrada a su cintura, para no caer del caballo, se agarró aún más fuerte, como si no quisiera que esta vez se marchara otra vez, temblaba, pero no por el frío de la lluvia, sino por tenerle tan cerca. Ella le dijo que ese hombre había sido su marido, él único hombre que había estado a su lado, que nunca le amo como a él, pero que si le quiso mucho, había sido un buen marido y buen padre, que siempre supo que no lo amaba como se merecía, él lo aceptó y a ella le ayudó a seguir con su vida, en cierto modo fueron felices. Estaba anocheciendo y cada vez llovía más, la fuerte lluvia no dejaba ver el camino, tenían que buscar algún refugio para resguardarse, hasta que escampara, todo estaba muy oscuro, a lo lejos, una pequeña luz se divisaba entre los pinos, se dirigieron allí, era una pequeña chocita de algún pastor, llamaron a la puerta y nadie abrió, estaba abierta, debía de ser algún refugio y entraron, estaba oscura, él encendió el mechero que llevaba, aunque no fumaba, siempre lo llevaba consigo, era el mechero que ella le regaló en su diecisiete cumpleaños, ella lo reconoció, era plateado, con su nombre grabado en un lateral, se acordaba perfectamente lo que le costó conseguirlo y las semanas que estuvo ahorrando para comprarlo.

Era una chocita muy acogedora, el techo estaba de forraje, aunque las paredes eran de ladrillo, tenía una chimenea con leña seca al lado, una mesita de pino, encima había un plato con fresas y un farolito, lo encendió y se iluminó todo. En la pared colgaba un plano del Coto de Doñana, un mural con un árbol grandísimo sin hijas, solo las ramas y en ellas un dibujo de cada ave que allí se criaba. -Sin duda pertenecía a algún guarda del Coto-, se dijeron. Ambos tiritaban de frío, mientras él encendía el fuego, ella buscó por si hubiese algún licor que les ayudara a entrar en calor, junto a la chimenea había una pequeña estantería de madera de pino, parecía hecha a manos por sus desiguales columnitas talladas, en ella había una botella, la abrió e hizo una mueca arrugando la nariz por el fuerte olor que desprendía, parecía

anís, cogió dos vasitos, los sirvió y se lo acercó a Miguel Ángel, brindaron por el reencuentro. Beatriz notó al beber aquel licor tan fuerte como un calor le recorría desde la garganta al estómago, el calor empezó a hacer efecto también en el ambiente, ya el fuego estaba encendido. Ella se sentó en el sofá de tela que había frente a la chimenea. Lo observaba con una cálida sonrisa, no odia pensar en el pasado, solo quiera vivir ese momento. Miguel Ángel cuando logro avivar el fuego, se sentó junto a ella, se miraron, se abrazaron como nunca, él le susurró al oído: - mi amor he vuelto a por ti, sé que te has quedado viuda y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, no voy a perderte una vez más-.

Sus bocas se juntaron con pasión, con lentitud fue bajando la cremallera de su vestido, comenzó a besarle el hombre que se le había quedado al desnudo, la miró como pidiéndole permiso para seguir acariciándola, ella asintió con la cabeza.

Ella le acarició el pecho con sus dedos, desabrochándole los botones de la camisa, lentamente y con la misma pasión de antaño, se fundieron sus cuerpos, en aquel sofá de tela azul, lo contemplaba totalmente entregada, llena de pasión, notaba su sangre bullir, se apretó contra él, temblorosa. Él la cobijó bajo sus brazos. El fuego cada vez iba tomando más intensidad, como si se acoplara con el fuego de ellos. Él se apartó por un momento, deslizo su mirada por el cuerpo de ella desnudo, le pareció aún más bello que entonces, - mi amor-, gimió ella al llanto, - no me dejes nunca más-. Él se volvió a fundir en ella, hicieron el amor durante toda la noche.

Amanecía y había dejado de llover, la luz del sol intensa sorteaba los pinos para penetrar sus tibios rayos por la pequeña ventana que había junto a la puerta, él la despertó con un cálido beso, cogieron la ropa que estaba cerca de la chimenea, ya estaba ceca, se vistieron y con paso lento, uno junto al otro, caminaron agarrados de la mano, con la otra mano sujetaba las riendas de su caballo, éste, soltó un relincho como comunicándole que participaba en su felicidad, y se dirigieron hacia la casa en la aldea donde estaban sus amigos, no está lejos, de noche parecían perdidos, pero realmente estaban muy cerca. Miguel Ángel no paraba de mirarla, de decirle lo hermosa que estaba, de cómo le brillaba la mirada, aquellos ojos color miel parecían tener una luz especial...

FIN